

Sobre la desinformación

*Cómo luchar por la verdad
y proteger la democracia*

Colección Teorema
Serie mayor

Lee McIntyre

Sobre la desinformación

*Cómo luchar por la verdad
y proteger la democracia*

Traducción de Ana Bustelo

CÁTEDRA
TEOREMA

Título original de la obra:
On Disinformation: How to Fight for Truth and Protect Democracy

1.ª edición, febrero de 2025

Ilustración de cubierta: Ana Coco

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2023 Massachusetts Institute of Technology
All rights reserved. No part of this book may be reproduced in any form by any electronic or mechanical means (including photocopying, recording, or information storage and retrieval) without permission in writing from the publisher.

© De la traducción: Ana Bustelo, 2025
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 23.701-2024
ISBN: 978-84-376-4845-3

Printed in Spain

Índice

CAPÍTULO PRIMERO. Asesinos de la verdad	11
CAPÍTULO 2. La historia del negacionismo estratégico	15
CAPÍTULO 3. Los creadores	19
CAPÍTULO 4. Los amplificadores	37
CAPÍTULO 5. Los creyentes	61
CAPÍTULO 6. Cómo ganar la guerra contra la verdad	67
AGRADECIMIENTOS	83
NOTAS	85

Para Dave Corkran, que fue quien prendió la chispa

CAPÍTULO PRIMERO

Asesinos de la verdad

El asalto al Capitolio de Estados Unidos el 6 de enero de 2021 fue una tragedia americana. También era algo completamente predecible. Los «patriotas» de cara pintada —que llevaban astas de bandera afiladas, bates de béisbol y cinchos al Senado— eran el resultado inevitable de setenta años de mentiras sobre el tabaco, la evolución, el calentamiento global y las vacunas. Una vez que los «asesinos de la verdad» hubieron creado el modelo para negar los hechos científicos que chocaban con sus intereses financieros o ideológicos, fue pan comido para los políticos sin escrúpulos encontrar la manera de utilizar esta estrategia para mentir sobre cualquier cosa. Por ejemplo, que hubo tongo en las elecciones presidenciales de 2020 y que los que participaron en las protestas del 6 de enero eran en realidad «manifestantes pacíficos» o un grupo de *antifas* disfrazados.

Bienvenidos al mundo de la negación de la realidad, en el que la verdad está subordinada a la ideología, los sentimientos tienen más peso que las pruebas y la democracia pende de un hilo. A lo largo de la historia, los líderes autocráticos y sus as-

pirantes han comprendido que la forma más rápida de controlar a una población es controlar sus fuentes de información. Pero en una sociedad en la que todavía existe la prensa libre, la nueva forma de censura es la desinformación. ¿Recuerdan la escena de *Indiana Jones y la última cruzada* en la que Harrison Ford encuentra por fin el santo grial, pero no sabe cuál es porque está rodeado de cientos de falsificaciones? Ese es el objetivo que persigue la desinformación. Si no puedes ocultar o destruir la verdad, rodéala de mentiras. Siempre podrás matarla después.

El manual de instrucciones de la posverdad dice lo siguiente: atacar a los que dicen la verdad, mentir sobre cualquier cosa y, sobre todo, producir desinformación, fomentar la desconfianza y la polarización, crear confusión y cinismo, y luego afirmar que la verdad solo está disponible a través del propio líder. La idea no es solamente conseguir que la gente crea una afirmación falsa concreta, sino desmoralizarla con un tsunami de falsedades hasta que empiece a renunciar a la idea de que es posible conocer la verdad, fuera de un contexto político.

En su obra de referencia sobre el totalitarismo en el siglo xx, la filósofa política e historiadora del Holocausto, Hannah Arendt, lo expresó mejor que nadie: «El sujeto ideal de un régimen totalitario no es el nazi convencido ni el comunista convencido, es la gente para la que ha dejado de existir la distinción entre realidad y ficción... entre la verdad y la mentira»¹. Más recientemente, otro historiador del Holocausto, Timothy Snyder, lo resumió todavía más: «la posverdad es el prefascismo»².

Tenemos poco tiempo para resolver esto. Ahora que Kevin McCarthy y los republicanos fieles han conseguido volverse a hacer con la Cámara de Representantes en las elecciones legislativas, o intermedias, de 2022 —es decir, se ha recompensado con creces al Partido Republicano por haber abrazado la «gran mentira» de Trump en 2021— están perfectamente posicionados para instalar a Trump (o a quien quieran) como presiden-

te, sin importar el recuento de votos. Después de eso, algunos se preguntan si estamos cerca de la pesadilla de Orwell: $2 + 2 = 5$ en el sótano del Ministerio del Amor.

Una vez que haya muerto la verdad, el final de la democracia en Estados Unidos puede ser rápido. Igual que en Rusia y China, seguiremos teniendo políticos trajeados paseando por los pasillos del Gobierno, tomando parte en la farsa de los asuntos del pueblo, incluso puede que sigamos votando en las elecciones, pero lo cierto es que no importará. Si los asesinos de la verdad consiguen utilizar la negación de la realidad para socavar la democracia, al día siguiente nos despertaremos en una dictadura electoral.

CAPÍTULO 2

La historia del negacionismo estratégico

El negacionismo no es un error, es una mentira. Es fundamental saber distinguir entre simples ideas erróneas y la manipulación selectiva; hay que entender la diferencia entre la *mala información* y la *desinformación*. Los medios de comunicación, el Gobierno, la educación y todos nosotros tenemos que dejar de pensar en la actual crisis epistémica como si fuera un accidente o un desastre natural. Se trata más bien de una campaña coordinada, dirigida por individuos y organizaciones cuyo objetivo es difundir desinformación entre las masas para fomentar la duda, la división y la desconfianza, y crear un ejército de negacionistas.

La verdad no está muriendo, la están matando.

La gente no se despierta un día y se pregunta si los incendios de California se produjeron por un láser espacial judío o si las vacunas para la COVID-19 podrían contener microchips. Estas reacciones son el resultado de una campaña de propaganda que se diseñó deliberadamente para sembrar la duda donde no la había, porque servía a los intereses de la gente que la inventó. Estos intereses pueden ser económicos, políticos o ideo-

lógicos, pero la cuestión es que el negacionismo pretende beneficiar a la gente que *fabrica* las mentiras, no a la gente que se las cree.

El negacionismo científico moderno comenzó el 15 de diciembre de 1953, cuando los directivos de cuatro de las mayores tabacaleras estadounidenses se reunieron en el Hotel Plaza de Nueva York, con un especialista en relaciones públicas para que les aconsejara sobre lo que debían hacer ante un estudio científico que se iba a publicar en breve, y que afirmaba que había una relación clara entre el consumo de cigarrillos y el cáncer de pulmón.

¿Qué consejo recibieron? Luchen contra la ciencia. Publiquen anuncios a toda página en los periódicos. Contraten a sus propios científicos para crear un relato diferente. Pónganse en contacto con periodistas, directores y editores de periódicos y revistas para que cuenten «las dos caras» de la polémica sobre el tabaquismo. Apóyense mucho en la idea de que se trata de un debate científico abierto en el que aún no se ha «demostrado nada». El objetivo era conseguir que el público dudara de la verdad de algo sobre lo que los científicos no tenían ninguna duda.

Y funcionó.

En 1955, una encuesta sobre el consumo de tabaco indicaba que «no se percibe que la reacción de la prensa y el público sea de temor o alarma»¹. Durante cuarenta años, las empresas tabaqueras sobrevivieron tranquilamente enarbolando esa duda. Siguieron obteniendo beneficios hasta 1994, cuando tuvo lugar una audiencia en el Congreso y los nuevos directores de las siete mayores empresas tabaqueras declararon que no creían que la nicotina fuera adictiva. En ese momento mucha gente no les creyó, pero el objetivo de la industria se había cumplido. Su trabajo durante todos esos años no había sido demostrar que fumar *no* provocaba cáncer de pulmón, sino sembrar dudas suficientes para retrasar las cosas mientras se seguían ven-

diendo cigarrillos. En 1998, finalmente se pilló a las «grandes tabacaleras» y se les impuso la mayor multa en un caso civil de la historia de Estados Unidos —200 000 millones de dólares—, tras lo cual se les permitió seguir vendiendo cigarrillos (con nuevas restricciones en la publicidad), pero dando por hecho que ya no había gato encerrado, porque todo el mundo sabía que fumar era malo para la salud. Años más tarde, en 2004, se filtró un informe de 1969 que demostraba que los ejecutivos de la industria siempre habían sabido que su producto era mortal.

En su lúcido libro *Merchants of Doubt* (Mercaderes de la duda), Naomi Oreskes y Erik Conway ofrecen numerosos detalles sobre la «historia del origen» del negacionismo científico moderno en Estados Unidos. Sostienen que creó un modelo que luego utilizaron otros para negar la verdad sobre la lluvia ácida, el agujero de ozono y, lo que es más notorio, el calentamiento global. Desde entonces, muchos investigadores y periodistas han demostrado que las empresas de combustibles fósiles siguieron al pie de la letra la «estrategia de la tabacalera». Crearon su propia campaña de ofuscación y retraso durante décadas, en la que estaban incluidos el patrocinio de trabajos científicos «contrarios», donaciones a miembros del Congreso, financiación de conferencias anuales organizadas por *think tanks* para sembrar dudas acerca de si existía o no un consenso científico sobre el cambio climático, y una campaña de relaciones públicas destinada a suavizar su imagen, todo mientras seguían obteniendo beneficios. Más tarde se supo, a través de una serie de memorandos filtrados por ellas mismas, que las empresas de combustibles fósiles conocían la verdad sobre el calentamiento global desde 1977².

Es lógico que uno vea esto como un crimen contra el esfuerzo de buena fe de los científicos por mostrar los hechos a la opinión pública estadounidense, para que los responsables políticos puedan prestar atención a sus advertencias a tiempo

de hacer algo para salvar vidas. Pero, desde el punto de vista de quienes tienen intereses que van en contra de los hallazgos empíricos de la ciencia, había sido un éxito rotundo. Y no cabe duda de que este éxito llamó la atención de quienes pretendían extender el alcance del negacionismo estratégico a temas mucho más allá de la ciencia.

Uno se imagina a un ambicioso político de pelo color naranja haciendo el cínico salto de la conclusión desde los cigarrillos y el calentamiento global a otras creencias basadas en hechos: «Si ellos pueden mentir sobre *eso*, yo puedo mentir sobre cualquier cosa».

Y eso es lo que pasó.

Los asesinos de la verdad tenían ahora un nuevo objetivo: no solo la ciencia, sino la propia realidad.

CAPÍTULO 3

Los creadores

MAGA* es más que un movimiento político: es una campaña negacionista a la antigua usanza. Hace quince años, los científicos cognitivos descubrieron que todos los negacionistas de la ciencia siguen la misma estrategia de razonamiento defectuoso¹:

1. utilizan solamente las pruebas que interesan,
2. creen en teorías conspirativas,
3. hacen razonamientos ilógicos,
4. confían en falsos analistas (y denigrar a los verdaderos), y
5. tienen expectativas imposibles sobre lo que debe conseguir la otra parte.

Esto explica por qué (1) los negacionistas del clima, como Ted Cruz, siempre parecen destacar el mismo conjunto (pos-

* *Make America Great Again*. Fue el lema de la campaña de las elecciones presidenciales de 2016 en las que ganó Donald Trump en Estados Unidos. (*N. de la T.*)

teriormente corregido)², de datos en los que, en una ocasión, se sugería que no había habido un aumento de la temperatura global entre 1997 y 2015. Mientras tanto, ignoraban la cantidad de datos recogidos desde entonces —extraídos de la temperatura atmosférica, la disminución de la capa de hielo, los fenómenos meteorológicos extremos e, incluso, el contexto más amplio de los datos del satélite que Cruz citaba— que sirvieron de base para la declaración que hizo Reuters en 2019 en la que se aseguraba que las pruebas a favor del cambio climático antropogénico eran tan contundentes que había una posibilidad entre un millón de que los negacionistas tuvieran razón³. También explica por qué (2) los tierraplanistas creen que los líderes gubernamentales, astronautas, pilotos y científicos, que están aliados con el diablo, nos ocultan la verdadera forma de la Tierra, o por qué los antivacunas sostienen que el CDC* pagó al Instituto de la Medicina** para que suprimiera los datos que supuestamente prueban que la vacuna MMR*** produce autismo. Así entendemos por qué (3) los antimascarillas creen que volver a respirar en una mascarilla N95 puede *provocar* la COVID-19. (4) La hidroxiclороquina o la ivermectina responden mejor a la COVID-19 que las vacunas de Pfizer y Moderna. Además, siempre está la vieja cantinela según la cual (5) los antievolucionistas, los negacionistas del clima y todos los demás sostienen que los científicos están obligados a *demostrar* sus resultados, si no, sus propias creencias negacionistas serían igual de creíbles.

* Centers for Disease Control and Prevention. Organismo público que se ocupa de los asuntos de la salud en Estados Unidos. (*N. de la T.*)

** Organización independiente, sin ninguna vinculación con el Gobierno, cuyo objetivo es ofrecer al público y a las autoridades información y consejos médicos bien informados y sin sesgos políticos. (*N. de la T.*)

*** Measles Mumps Rubella. Vacuna triple vírica para el sarampión, las paperas y la rubeola. (*N. de la T.*)